

La lengua escrita y la hablada

A-232

1
IV

["El Correo", Valencia, 17 mayo 1900]

La lengua escrita y la hablada

No hace mucho que leía en una obra de Hermann Paul, profesor de Filología germánica en la Universidad de Munich, interesantísimas consideraciones acerca de la diferencia que entre la lengua hablada y la escrita median. Tal lectura me sugiere las reflexiones siguientes:

Nuestra escritura no representa directamente ideas ó imágenes, sino palabras, y éstas, ideas. Es un signo de signo. En un principio establecemos la relación entre los signos escritos y su significado, mediante la representación de los sonidos y por la sensación motriz de éstos. Pero muy pronto se ponen en directa relación el signo escrito y la idea, desapareciendo prácticamente el intermedio. Sobre esta relación directa deseansa la posibilidad de leer y escribir corrientemente. Nadie ignora que las gentes que leen mal necesitan hacerlo oralmente, aunque sea en voz muy baja.

Por tal proceso llega á diferenciarse la lengua escrita de la hablada, mucho más de lo que á primera reflexión pudiésemos creer. Conozco paisanos míos que hablan y escriben corrientemente el castellano y hablan corrientemente también, como lengua nativa, el vascuence, y si se les invita á que escriban el mismo vascuence que hablan, tal y como le hablan, se ven y se desean para hacerlo y con dificultad salen del paso. En el mismo respecto he oído decir á más de un catalán, cuya lengua familiar era la catalana, que al escribir á los de su familia, á aquellos mismos con quienes hablaban en catalán, les escribían en castellano. Claro es que no desconozco los *esfuerzos* que se hacen por algunos para difundir un vascuence y un catalán escritos, esfuerzos acompañados de inacabables discusiones acerca de ortografía.

En el respecto de la pronunciación, tan sólo le sorprendería á cualquier castellano á quien le hiciesen parar su atención en ello cuánto se diferencia la lengua que escribe de la que habla. No serán muchos, de seguro, los que se hayan fijado en que nadie dice *las rosas*, v. gr., y en que pronunciamos *un baliante*. Es que la palabra escrita es serie de puntos, y línea la palabra hablada; cabe aislar cada letra, pero



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USALES

1.5.2/272



no cabe en rigor aislar cada sonido no siendo por una abstracción que tiene sus peligros.

Esta diferencia entre la lengua hablada y la escrita va más allá aún. Nuestra escritura es, en realidad, muy pobre; hay una muchedumbre de inflexiones y tonalidades que no refleja. Sería menester, en no pocos casos, intercalar entre las líneas escritas una especie de notación musical, y aun, si pudiera ser, una notación mímica. Mas como no lo hacemos, y como el que lee no oye, hay que suplir de algún modo esa deficiencia, y de aquí que la lengua escrita sea diferente de la hablada. Se sustituye á la entonación y al gesto con un más riguroso enlace lógico. Y tan es así, que si tomásemos taquigráficamente conversaciones, resultarían oscuras no pocas frases que entendieron perfectamente los que las oyeran. Los rigores sintácticos de los gramáticos desaparecen en la lengua hablada, llena de lo que llaman los mismos gramáticos anacolutos, ó sea cabos sueltos, y de construcciones *ad sensu*. La libre asociación de ideas campea en el lenguaje hablado más que en el escrito, donde la ahoga no poco la construcción llamada lógica.

Se ha hecho de la lengua escrita un dialecto especial, que rara vez se sumerge en busca de vida en la lengua hablada. En las novelas y los dramas españoles rara vez son los diálogos verdaderos diálogos; suelen ser pequeños discursos entreverados. En España apenas hay escritores—se ha dicho,—casi todos son oradores por escrito. Y esto depende, aunque parezca paradoja, de que rara vez se tiende á escribir en la lengua de la *conversación*, que es á lo que el escritor proplamente tal debe tender.

Conozco un escritor que harto de oír hablar de la oscuridad de sus escritos, se propuso estudiar el asunto. Encontróse con que en la mayoría de los casos no era su forma expresiva, sino las ideas mismas expresadas lo que halla-

ban muchos oscuro, y vió, con pena, que no estaba en él el remedio. Pero en otros casos, cuando la oscuridad provenía de la forma, halló que arrancaba de expresión elíptica, propia de la conversación. Y ocurrióle cierto día que diciéndole un sujeto que le resultaba ininteligible cierto escrito de nuestro hombre, lo cogió éste y se lo leyó en voz alta, sin añadir el más pequeño comentario. Y al concluir la lectura no dijo el oyente más que esto: ¡ah! ¡eso es otra cosa! Y el lector: no—le replicó,—no es otra cosa; es que saben ustedes oír, pero no leer. Lo cual me recuerda que no hace mucho oía leer á un escritor público y me daba pena; balbuceaba como un niño de escuela.



UNIVERSIDAD SALAMANCA

1.5.2/272

Estoy harto de observarlos: pocas cosas más raras en España que una persona que sepa leer. Si son versos, los cantan ó los declaman, no los leen, y eso luego que se los saben de memoria ó poco menos; y si es prosa, apenas se enteran hasta que hayan cogido la unidad del período oratorio.

Agréguese á lo dicho que á nuestro público le gusta que le den las cosas mascadas, ensalivadas y hechas bolo deglutible. Cuando las oye se hace la ilusión de que se las dan así, y de hecho parecen rumiantes nuestros oradores por mil vueltas y revueltas que dan al menor bocado de heno. Un estilo conciso y dauso es aquí la mayor dificultad para hacerse entender; hace falta empotrar cuatro ideas, ó lo que sean, en una enormidad de tejido conjuntivo y hasta adiposo, sea retórico, sea lógico. Demóstenes aboga á Tucídides, y Demóstenes en todo lo peor suyo.

Cada vez que leo á Tucídides, y sobre todo cuando lo he hecho traducir en clase, me produce el efecto de una lengua taquigrafiada, de la que se hablaría en su tiempo en Grecia. Todo aquello que parece en él más trabajado, muéstraseme como lo más espontáneo, y su celebrada concisión, así como sus desesperantes elipsis, reflejo de la expresión elíptica propia de la conversación. Porque tengo la seguridad de que si se tomasen entre nosotros á taquigrafía un buen número de conversaciones, veríamos cuán artificiosa es la sintaxis de la lengua escrita, y cómo los cabos sueltos, las construcciones *ad sensum* y la expresión elíptica campean en la lengua viva. Expresiones por el estilo de esta, v. gr., «no hay más que fijarse en el pueblo; quieren lo inmediato y no se contentan con esperanzas remotas», son frecuentísimas en la conversación.

Y como queda mucho por decir, más vale dejarlo aquí. ¡Es tanto y tanto lo que hay que exponer en España respecto á lingüística frente á gramáticos que se creen, por lo visto, que lenguaje y estilo son la misma cosa y otras atrocidades parecidas!

Miguel de Unamuno.

